

El secreto detrás de la puerta

Yo sé que esta historia que me contaron de pequeña puede parecer un poco irreal o alocada, pero prometo relatar con detalle lo que alguna vez pasó, en la época en la que aún la humanidad no gozaba del Wifi, imaginen esa barbaridad!! Pero bueno, sin más preámbulos, empecemos.

Hace ya muchos años, Anders Celsius y Daniel Fahrenheit, ambos físicos bien reconocidos, trabajaban en un laboratorio con el objetivo de encontrar una isla secreta, alrededor de la cuál rondaban miles de teorías urbanas, que podrían utilizar para sus descubrimientos. Además, corrían los rumores sobre unas plantas que crecían allí y que tenían el poder del rejuvenecimiento. Les costó demasiados intentos fallidos, en los que trataron de descubrir la ubicación de la misma y sin embargo, no lograron encontrarla. Pero todo cambiaría un tiempo después, cuando Celsius halló un descubrimiento que generaría un giro 360° en la lógica humana. Fue el termómetro de mercurio que, según él, lo llevaría a la fama y con el dinero podría intentar encontrar la tan deseada isla. Muy esperanzado y feliz, fue a contarle a su gran amigo, Fahrenheit. Festejaron y bebieron toda la noche, a tal punto en el que Celsius, extremadamente ebrio, cayó dormido profundamente.

Tal vez fue por la euforia del alcohol o por sus confusos efectos, pero mientras Celsius ya iba por su quinto sueño, Fahrenheit, comenzó a idear un plan que cambiaría su amistad para siempre.

Sin embargo, esta vez voy a defenderlo, además deberían comprenderlo mejor; él no estaba pasando por un buen momento, la creatividad para sus inventos se le había acabado y ya no le quedaba mucho dinero tampoco. Fue así que Fahrenheit decidió robarle el invento a su amigo, agarrando el termómetro y las notas que habían empezado a escribirse desde hacía ya años y se dirigió al periódico del pueblo. A la mañana siguiente, cuando Celsius se despertó se dio cuenta que no estaba su invento, le pareció raro pero continuó con su mañana. Sin embargo, cuando fue a comprar el diario de todos los días, vio que en primera plana deslumbraba una imagen de Fahrenheit junto a SU termómetro de mercurio. Celsius quedó impactado, no podía creer que su amigo de toda la vida había obrado semejante barbaridad en su contra para el beneficio propio. Intentó hablar con los medios para aclarar que él era el verdadero inventor y que Fahrenheit era solamente un ladrón farsante, pero al no contar con sus notas, nadie le creyó y, de hecho, lo tacharon de envidioso y manipulador.

Fue a la casa de su ahora ex-compañero para conversar sobre lo sucedido y al llegar, lo que se encontró realmente lo aturdió. Se sentía igual que un niño pequeño en un parque de diversiones, justo cuando sus padres le dicen que alguien más se llevó el peluche colorido que había visto en la televisión, y no hay más remedio que volver a casa con las manos vacías. Al asomarse por la ventana, Fahrenheit estaba bailando, bebiendo y cantando con sus amigos. Pobre Celsius... mi abuelo había hecho que su inmenso esfuerzo no valiera de nada. Las largas noches en el laboratorio redactando fórmulas, calculando ecuaciones y formulando hipótesis habían sido en vano. Al observar la escena, decidió marcharse, con su cuerpo colmado de impotencia y su sangre hirviendo.

En cuanto a la isla, Celsius tomó la decisión de continuar con la investigación, pero sin su socio ya no era lo mismo. Además, no le quedaba mucho dinero, por lo que poco después tuvo que abandonar la búsqueda. Pasó el tiempo y mientras los minutos se transformaban en horas y las horas en días, y estos en semanas y las semanas en años; Celsius trataba de sobrevivir como podía, mientras que Fahrenheit, seguía disfrutando de su riqueza,

aprovechando el reconocimiento que tenía su nombre ahora, continuó con sus inventos y hasta desarrolló una escala de temperatura que nombró con su apellido, ¡díganme qué tan egocéntrico suena eso! Así dejó a Celsius en el completo olvido.

Hasta que un día, Celsius iba caminando por la calle y vio en una vidriera llena de televisores y radios, a su ex compañero. Era el noticiero, anunciando que Fahrenheit estaba cerca de descubrir una isla secreta que lo cambiaría todo. Sorprendido al darse cuenta de que quien suponía era su amigo no solo había robado su invento, sino que ahora también quería quedarse con gran parte de su investigación, Celsius tomó coraje y decidió ir a visitar a Fahrenheit de una vez por todas.

Al llegar a la casa, logró escuchar unas voces y cuando se asomó por la ventana, notó a Fahrenheit hablando intensamente con un científico; para su sorpresa, también se encontraba una muchacha joven recostada sobre un sillón, que parecía de unos veinte años. En vez de tocar la puerta, decidió espiarlo, poniéndose en cuclillas y pegando su oreja a la pared de concreto.

- "Aunque sé que esto puede parecer una blasfemia, para entrar al portal la necesitas a ella, se llama Heidi y es tu nieta aún no nacida, pero más adelante tú te casarás y tendrás hijos y de ellos nacerá la niña." dijo el científico de bata blanca, señalando a la chica recostada. "Viene del futuro y es el único vínculo que tenemos con la isla. Por eso es importante que ella se coloque frente a la puerta... esa que es antigua con pinturas aztecas, y que luego apoye su mano en ella; de esa forma la puerta se abrirá y así, el portal a la isla."

Esto era un tesoro al final de un arcoíris para Celsius, por lo que sin detenerse a pensarlo ni un segundo, estaba dispuesto a hacer lo que el científico había dicho. Se escabulló y entró sigilosamente por la parte trasera a la casa, aprovechando el momento en el que ambos hombres salieron de la habitación para tomar en sus brazos a la joven dormida. Fue aquí cuando se dio cuenta que sus improvisadas ideas no servirían de nada si no sabía la ubicación de la puerta. Pero ya con la mujer en sus brazos y a punto de rendirse, examinó la mesa frente a él y en ella, se encontraban esparcidos montones de mapas y planos; los tomó en una milésima de segundo y huyó, dejando a un muy desorbitado Fahrenheit que lo observaba a través de la ventana.

Luego de numerosos intentos tratando de descifrar lo que significaban todas esas coordenadas, Celsius logró hallar la puerta. Aunque en realidad no tenía la certeza de si todo esto era por venganza, rencor o el simple impulso de la exasperación, pero el físico sabía perfectamente que lo que fuera que descubriera en ese portal sería grande, una revelación para la época. Al llegar a la puerta, no perdió más tiempo; ató las manos y los pies de la muchacha para evitar que escapara; sacó su arma y comenzó a darle leves golpes en el brazo para que despertara. Sin embargo, como estos no alcanzaban, empezó a gritarle, logrando que eventualmente, con sus ojos como platos y terriblemente asustada, la joven se despabilara.

- ¿Dónde estoy? - dijo la mujer, volteando su cabeza en todas direcciones para terminar clavando su mirada en el físico, quien apuntándole con el arma, le ordenó que se levantara.
- Eso no importa. Necesito que posiciones tu mano sobre esa puerta- exigió Celsius.
- No haré eso, no es una buena-

- ¡Celsius! ¡PARA YA! - fue interrumpida la muchacha por una voz que conocía a la perfección. -Lamento mucho todo esto... sé que fui quien lo ocasionó y en serio lo lamento. No tenía derecho a hacer nada de lo que hice.
- Robaste mi invento, Fahrenheit, sabes que estuve años trabajando en eso... y de todas formas, cuando pudiste retractarte no lo hiciste; seguiste jugando a ser el verdadero creador de todo. Me llamaron fraude y tú solo seguías festejando.
- Lo que hice fue terrible, lo sé, p-pero ahora no tengo manera de solucionarlo, aunque lo intenté, solo puedo prometerte ser un mejor compañero de lo que fui en el pasado. Manché tu nombre y lo mínimo que puedo hacer es dejar que te lleves todo el crédito por esto de la isla. Tan solo no dañes a Heidi y baja el arma, no es la forma de arreglar todo esto.
- Tienes razón, lo entiendo... siempre serás mi compañero pero- Celsius fue interrumpido por un fuerte estruendo, que logró sacudir la puerta y hacer temblar sus cuerpos.

Mientras los dos hombres discutían, Heidi había logrado soltarse de la soga que enredaba sus extremidades y cuando la puerta comenzó a desestabilizarse, la joven sintió una fuerza invisible que la arrastraba hacia ella, como si su energía estuviese siendo tomada por el misterioso portal.

- Dejen de tratar de atravesar este portal para cruzar hacia la isla, algo malo pasará si lo hacen- advirtió Heidi, apresurada, sabiendo que le quedaba poco tiempo. -Abuelo, te amo y espero verte pronto- finalizó la muchacha mientras era absorbida lentamente por la pesada puerta de roca.

En un abrir y cerrar de ojos, Heidi se había esfumado al igual que la puerta y tal como la ambición de Fahrenheit y Celsius por seguir indagando más al respecto. A pesar de que ambos quedaron muy curiosos, el temor a fallar y provocar una catástrofe era mayor. Es aquí donde finaliza mi historia. Los años pasaron y sin embargo, ninguno de los dos hombres logró descifrar que para entrar a la isla se necesitaba algo que iba más allá del razonamiento y conocimiento humano. Sabían que la puerta era un portal y que para llegar a la isla, este debía ser atravesado. Pero Heidi sabía algo que ellos no. Si alguien que no pertenecía al otro lado de la puerta ingresaba, la isla lo rechazaría y el planeta Tierra sería cenizas. ¿Por qué lo sé? Eso ya es otra historia para contar, hijo.

Escritores:

- *Alonso Dadone Isabella*
- *Carreras De Armas Lola*
- *Dolián Mateo*
- *Spósito Valentina*